UN POEMA DE DON MANUEL MACHADO EN «EL CUENTO SEMANAL»

Si en muchos diarios y en importantes revistas de tipo general se publicaban poesías, con frecuencia destacadas con dibujos y orlas a color, no debe extrañarnos que en la publicación literaria *El Cuento Semanal* apareciesen poemas, a contrapelo de la clara especificación de subgénero expresada en el título. Esa buena costumbre cobijadora de poemas fue mantenida en gran parte del siglo XIX y llegó hasta la guerra civil. Todavía se mantuvo, con menos frecuencia hasta hace pocos años, pero con una supervivencia degradante: «ABC» —que como su fraterno *Blanco y Negro* había dado en sus números dominicales poemas inéditos, subrayados con buenas ilustraciones— relegó los versos a las páginas publicitarias, ya no inéditos, sino tomados de libros y publicados sin ni siquiera solicitar permiso a los autores. Evidente degradación, al parecer ya abandonada del todo.

Ojeando *El Cuento Semanal* se encuentran (amén de noticias literarias curiosas, como una contribución de cinco pesetas aportada por el bohemio Dorio de Gádex, hoy más criatura valleinclaniana que ente real, a la suscripción abierta por la revista para costear la edición de las «Notas de un voluntario» que sobre la guerra de Africa publicaba en *España Nueva* el no menos curioso Eugenio Noel) (1), colaboraciones en verso que van desde aleluyas humorísticas hasta inéditos de los poetas entonces más famosos.

El 30 de diciembre de 1910 apareció el número 209, extraordinario de fin de año. A las colaboraciones en prosa de Jacinto Octavio Picón, Alberto Insúa, Ramiro de Maeztu, José López Silva y Antonio de Zayas se unían las poéticas de Manuel Machado, Francisco Villaespesa y Emilio Carrère. Al ser número especial abundaban las ilustraciones: dibujos de Simonet, Medina Vera, Gustavo de Maeztu, Santana Bonilla, Vázquez Calleja, Agustín, Huidobro, Gutiérrez Larraya y Tovar.

(1) «El Cuento Semanal», año IV, 18 de marzo de 1910; núm. 168, p. 2.

PREGÓN DE FLORES

Rosas son
la frescura de los huertos
y los labios entreabiertos.

Y claveles
los caireles
de los trajes andaluces,
con sus luces
de oro y plata...

De los nardos
en la mata.
La frescura
de la tez de Carmen pura,
la blancura
de su bata.

Las violetas
y mosquetas
son las gracias
que se ocultan...
Tulipanes, los que exultan,
senos llenos, de mujer.

El oler
los jazmines
es la Noche y los jardines.

Del querer
es la pena
la azucena...
Y los lindos
doudiegos, miramelindos,
son cantares
con achares
y piropos...
Y celos los heliotropos.

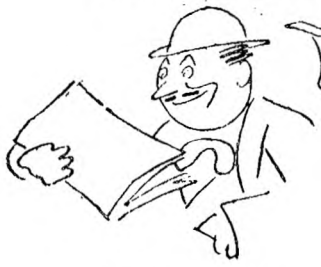
¡Niñas... vamos...
con las flores de mi ramo
puesto en agua,
el crujido de la enagua,
y el chasquido
de los besos.

Mil olores
y colores

dan mis flores, que enamoran,
También llevo de esas flores
que devoran...

Manuel MACHADO

Aleluyas lapidarias,—chocantes y extraordinarias



¿Es El Cuento Semanal?...
¡Un numerito, chaval!

¡Caray; tiene un gran sumario!
¡No es caro el extraordinario!

¡Qué bien cuenta aquí Picon
El drama de una pasión!

Zayas con sus "académicos',
Nos pinta malos endémicos.

Prueba, sin una peseta,
Carrero, aquí, que es poeta.

Silva con chulaperia
Cubre bien la mercancía.

Trovador... Lebrel... Princesa...
"¡Rodóforos„ de Villaespesa!

Maeztu. ¡Gran atracción!
Filípica de un sermón.

La "cocotte" Insua trata
buena, bonita y barata.

En los versos de Machado
Mucha sal se ha derramado.

A estos monos de Tovar
No les falta mas que hablar.

Pues señor, con este Cuento
Me he quedado tan contento.

Este último presentaba con dibujos muy graciosamente expresivos, que llevaban al pie sendas «aleluyas lapidarias, chocantes y extraordinarias» las reacciones de un lector ante el contenido de la revista, acordando sus gestos, desde la perplejidad hasta la euforia, a las referencias a colaboradores o a sus temas. Historia completa, pues va desde la adquisición del ejemplar:

¿Es El Cuento Semanal?...
¡Un numerito, chaval!

hasta la babeante complacencia con que, una vez leído, se guarda en un bolsillo interior del gabán:

Pues señor, con este Cuento
me he quedado tan contento.

Entre tales, comienzo y final se hace el repaso completo de la revista, partiendo de un apriorístico juicio de valor:

¡Caray; tiene un gran sumario!
¡No es caro el extraordinario!

Del viejo naturalista Jacinto Octavio Picón, quien como veintiséis años antes seguía gustando de narraciones «de osada inspiración y atrevido asunto» (2), se dice:

¡Qué bien cuenta aquí Picón
el drama de una pasión!

Como Antonio de Zayas se entrega a ceñuda crítica social, Tovar subraya así el gesto preocupado del lector:

Zayas con sus «académicos»
Nos pinta males endémicos.

Esa actitud se intensifica para convertirse en goteante sudor ante la colaboración de don Ramiro:

Maeztu. ¡Gran atracción!
Filípica de un sermón.

Claro gesto de escama se muestra ante la colaboración poética del autor de *El Alcázar de las Perlas:*

(2) Vid. Walter T. Pattison: «El naturalismo español», Madrid, Gredos, 1969, p. 110.

así como admiración curiosamente mentalizada y reforzada con la aparición de una cachimba en boca del lector, ante los versos del más conocido de los últimos bohemios madrileños:

Prueba, sin una peseta,
Carrère, aquí, que es poeta

comparable a los términos mercantiles que aparecen —y esta vez la cachimba se ha convertido en un cigarro, dejado chulonamente en la comisura— a propósito del gran madrileñista José López Silva:

Silva con chulapería
cubre bien la mercancía.

La aproximación a Alberto Insúa es más bien temática:

La «cocotte» Insúa trata
buena, bonita y barata.

Los tres últimos «monos» y sus correspondientes aleluyas van en meticulosa gradación hasta la complacencia final. El primero de ellos es el que se refiere a don Manuel y la cara del lector rebosa satisfacción, mientras se dice

En los versos de Machado
mucha sal se ha derramado,

el penúltimo se refiere al propio ilustrador aleluyista, ante el que se echa a volar el sombrero hongo del ya definitivamente entusiasmado lector, quizás despedido por la onda expansiva de una gran sonrisa:

A estos monos de Tovar
no les falta más que hablar.

Por lo que respecta a la colaboración de Machado, Tovar tenía cierta razón en el sustantivo *(sal)*, aunque hiperbolizara en el verbo *(derramar)*. Se trata de un poema sin pretensiones; el tema podría hacer pensar que don Manuel no se molestó en escribir algo especial para la ocasión, sino que echó mano de lo que su graveta guardase, eligiendo un primaveral «Pregón de Flores» que, por los finales de

diciembre, no podía haberse escrito para este encargo. Claro está que los caminos de la creación poética son tantos y tan intrincados que nunca puede descartarse la posibilidad de que el poema en cuestión se escribiese con brasero.

En cualquier caso, es uno de los poemas menos brillantes —y, pese a Tovar y a lo arriba dicho, menos «salados»— del autor de tantas y tan finas muestras de poesía menor. Antes de copiar el poema digamos que la ilustración de Huidobro sirve al poeta con la misma facilidad con que éste sirvió a su tema: una especie de enrejado de flores se corona por la cabeza de mujer en actitud de cantar, o pregonar, con la mano izquierda abocinada para ampliar la voz. Los grandes aretes dan cierto aire gitano a la florista, cuyos cabellos se enlazan con las flores que orlan el conjunto.

PREGON DE LAS FLORES

Rosas son
la fragancia de los huertos
y los labios entreabiertos.

Y claveles
los caireles
de los trajes andaluces,
con sus luces
de oro y plata...

De los nardos
en la mata.
La frescura
de la tez de Carmen pura,
la blancura
de su bata.

Las violetas
y mosquetas
son las gracias
que se ocultan...
Tulipanes, los que exultan
senos llenos, de mujer.

El oler
los jazmines
es la Noche y los jardines.

Del querer
es la pena

la azucena...
Y los lindos
dondiegos, miramelindos,
son cantares
con achares
y pirópos...
Y celos los heliotropos.

¡Niñas... vamos...
con las flores de mi ramo
puesto en agua,
el crujido de la enagua,
y el chasquido
de los besos.

Mil olores
y colores
dan mis flores, que enamoran...
También llevo de esas flores
que devoran...

Como se ve (3), el poeta combinó octosílabos y tetrasílabos, rimados en consonante con libre distribución de las rimas, dejando blancos los versos 1, 9, 17 y 37 y una consonancia defectuosa en los 33 y 34. Sería impertinente señalar los ripios y las rimas que sin llegar a serlo fluyen con tal facilidad que antes de encontrarlas van siendo adivinadas por cada lector. La entrega de don Manuel a la fácil versificación no es, por otra parte, caso insólito entre los que seguían siendo modernistas «oficiales» en aquellos días finales de 1910. En cambio, los superó a todos (aunque no en esta concreta ocasión) en la gracia, finura y elegante desgarro con que cultivó temas y formas populares. En ese aspecto, don Manuel es maestro indiscutible. Y aunque mucha de su poesía «mayor» cuenta parigualada con la de los mejores, quizás alcanzó su mejor fortuna, y aun su medida más alta, en sus abundantes creaciones de poesía menor.

MIGUEL LUIS GIL

Wells College
AURORA (New York)
(USA)

(3) Los lectores de don Manuel Machado conocen el poema. Su última aparición, salvo error, en la edición de Biblioteca Nueva de las obras de ambos hermanos Machado. Cito de memoria, lamentando no poder especificar fecha de edición y número de página.